

La visión grotesca de los políticos que se alían para elogiar al fundador del comunismo no debería cegarnos ante los crímenes cometidos en su nombre. El autor repasa los “logros” de los compañeros de viaje de Marx –genocidios, hambrunas, pobreza, ausencia de libertad y de democracia, etc...– y se pregunta por las razones de la fascinación occidental ante un personaje tan dañino para la historia de la humanidad. En su opinión, las nuevas generaciones no están vacunadas ante la propaganda marxista que impregna aún nuestra cultura y cree que la conmemoración de su aniversario sólo tendría sentido para recordar a los millones de víctimas de su ideología.

DANIEL JOHNSON

Editor y fundador de *Standpoint*

Traducción de María Maseda Varela

Una de las conmemoraciones más insólitas de los últimos tiempos tuvo lugar el pasado mes de mayo. Se celebró en la Basílica de Constantino, uno de los varios restos imponentes de la antigua colonia romana de Augusta Treverorum, hoy en día la ciudad alemana de Tréveris. Este gran edificio de ladrillo, conocido con el nombre de Aula Palatina –antiguo salón del trono de Constantino, primer emperador cristiano de Roma, hoy la Iglesia Luterana del Redentor– fue el escenario de la celebra-

* Artículo originariamente aparecido en el número de junio 58 de *Standpoint* reproducido con permiso de la publicación.
<http://standpointmag.co.uk/node/7174/full>



Un fantasma recorre Europa: **Karl Marx**

ción del bicentenario del nacimiento de Karl Marx el 5 de mayo de 1818.

La ceremonia culminó con un extraordinario homenaje a Marx por parte de Jean Claude Juncker, presidente de la Comisión Europea. “Karl Marx era un filósofo que pensaba en el futuro”, afirmó entusiasmado Juncker. Según él, Marx reconoció “la tarea de nuestro tiempo: la dimensión social de Europa, que sigue siendo hasta hoy el pilar más pobre de la integración europea”. Después de haber designado a Marx como padrino de la Unión Europea, Juncker insistió en que las ideas de Marx habían sido póstumamente “reformuladas en virtualmente lo contrario” y negó que el autor del Manifiesto Comunista tuviera algo que ver con los crímenes de los regímenes comunistas: “Marx no es responsable de todas las atrocidades por las que sus presuntos herederos tienen que responder”.

Este respaldo oficial a un pensador anglófono, como Adam Smith, sería impensable, pero la Comisión Europea ha hecho todo lo posible por el ideólogo alemán. (Cabe señalar que los discursos de Juncker los suele escribir el profesor Martin Selmayr, su jefe de gabinete alemán, quien recientemente, y de forma controvertida, ascendió a secretario general de la Comisión, el funcionario de mayor rango de la UE).

El mismo día, el presidente de China, Xi Jinping, describió a Marx como “el mayor pensador de los tiem-

Más de cien millones de personas fueron asesinadas por Stalin, Mao y otros dictadores que eran discípulos de Marx. Miles de millones más han sufrido bajo el comunismo

pos modernos”. Xi donó una enorme estatua de bronce para vigilar el lugar de nacimiento de Marx; que fue inaugurada por Juncker en medio de mucha pompa. Mientras tanto, en Londres, ciudad en la que falleció Marx en 1883, John McDonnell también defendía a Marx. “El marxismo está relacionado con el desarrollo de la democracia”, declaró el ministro en la sombra del Tesoro por el Partido Laborista, “pero para tener un debate honesto necesitamos ser capaces de cortar con las mentiras sobre el marxismo”.

Juncker, Xi y McDonnell tienen razón en un aspecto: Marx no era un pensador ordinario. En efecto, rechazó a los filósofos que se limitaban a interpretar el mundo: “se trata de cambiarlo”, y ciertamente lo hizo.

Han pasado dos siglos desde el nacimiento de Marx, pero su sombra perdura. Ningún hombre en los últimos tiempos ha tenido tanta influencia. Sin embargo, tal vez tampoco nadie ha hecho tanto daño a la humanidad.

Más de cien millones de personas fueron asesinadas en su nombre por Stalin, Mao y otros dictadores que eran sus discípulos. Miles de millones más han sufrido bajo el comunismo, la ideología que Marx creó y que llegó a gobernar a casi la mitad de la humanidad. De no ser por Marx, no habría habido ningún archipiélago Gulag en la Unión Soviética, ningún Holodomor en Ucrania, ninguna Revolución Cultural en China, ningún jemer rojo en Camboya, ni ninguna otra hambruna, purga o genocidio llevado a cabo en nombre del comunismo.

Las ideas de Marx tienen un innegable atractivo superficial. La promesa de un mundo sin extremos de riqueza y pobreza, sin desam-

paro ni mendicidad, sobre todo sin culpar a la clase media, es particularmente atractiva para los intelectuales. La idea de la propiedad colectiva también es emocionante —especialmente para los jóvenes— de la misma manera que los altos impuestos son siempre populares entre aquellos que no tienen que pagarlos. Mucha gente genera resentimientos secretos hacia los ricos y triunfadores. Marx nos permite hacerlo con la conciencia tranquila.

En cuanto a toda la maldad cometida en nombre de Marx: sus defensores, como Juncker y McDonnell, insisten en que él no tiene la culpa de los crímenes cometidos mucho después de su muerte por regímenes que se autodenominaban marxistas. Pero ¿tienen razón?

El más famoso de estos regímenes, la Unión Soviética, ya no existe. Siete décadas de “socialismo real” la convirtieron en lo que Ronald Reagan denominó como el “imperio del mal”, una economía fallida dirigida por la policía secreta, usando la subversión y a veces la fuerza para imponer su ideología sobre el resto de la humanidad. Los errores catastróficos del sistema soviético pueden atribuirse legítimamente a Marx, quien previó una revolución violenta seguida de una “dictadura del proletariado”. Gracias a su proyecto, el Partido Comunista tomó el control absoluto de la economía, la sociedad y la cultura, sin ninguna

La Revolución rusa fue el inicio del experimento humano más ambicioso de la historia. Un siglo después, podemos ver que fue un desastre absoluto del que ni Rusia ni las demás repúblicas soviéticas han logrado recuperarse

responsabilidad democrática, sin Estado de derecho y sin libertad individual. Estas y otras ideas fueron rechazadas porque el mismo Marx las había tildado de “burguesas”.

La Revolución rusa fue el inicio del experimento humano más ambicioso de la historia. Un siglo después, podemos ver que fue un desastre absoluto del que ni Rusia ni las demás repúblicas soviéticas han logrado recuperarse todavía.

El daño causado por las ideas de Marx no se limitó a la Unión Soviética, sino que se extendió a sus regímenes satélites en Europa del Este y a través del Tercer Mundo. Uno de los genocidios marxistas menos conocidos tuvo lugar en Etiopía durante la dictadura de Mengistu en los años setenta y ochenta. Medio millón de estudiantes e intelectuales, entre otros, fueron asesinados durante la etapa conocida como “Terror Rojo” en Etiopía, mientras que un número similar murió a causa de la hambruna creada por las políticas de Mengistu. Después de ser depuesto, Mengistu recibió asilo en Zimbabue de otro dictador marxista, Robert Mugabe. Juzgado y condenado, pero nunca extraditado, Mengistu continúa viviendo allí.

Probablemente el continente que más ha sufrido el legado de Marx es Asia, y en particular China. No es casualidad que la República Popular de Xi Jinping haya asumido el papel de la extinta Unión Soviética de perpetuar el culto a Karl Marx. Xi dirige un Estado de partido único fundado sobre la idea marxista de la dictadura de clase, no obstante, en la época de Mao el campesinado reemplazó al proletariado.

Entre 1958 y 1961, durante el conocido como “Gran Salto Adelante”, Mao provocó

deliberadamente la mayor hambruna de la historia, que causó la muerte de unos 38 millones de personas. El objetivo era convertir a China en una economía industrial controlada centralmente, al estilo soviético: “primero la producción, la vida es secundaria”.

El dictador chino estaba tan seguro de que sus ideas marxistas eran correctas que siguió exportando alimentos para ganar divisas incluso cuando la población estaba muriendo en masa. De hecho, se lo confirmó a sus aliados rusos: “estamos dispuestos a sacrificar 300 millones de chinos por la victoria de la revolución mundial”, lo que en aquel momento suponía la mitad de la población del país. “La mitad de China bien podría tener que morir”, confesó a sus cóm-

plices: Sin embargo, a lo largo de este periodo, Mao se jactaba ante el mundo de que China “puede producir tantos alimentos como quiera”.

Según la escritora china exilada en Londres, Jung Chang, entonces guardia rojo dentro del país, durante el gobierno de Mao hasta 27 millones de personas murieron en campos de trabajos forzados conocidos como “laogai”. Es vergonzoso que el régimen comunista chino todavía conserve tales campos. Hasta 2 millones de personas viven y trabajan todavía allí y las condiciones siguen siendo horribles.

Luego está el caso de Corea del Norte. Tres generaciones de dirigentes, Kim Il-Sung, Kim Jong-il y ahora Kim Jong-un, han sacrificado a



Foto: Raúl Sánchez

Marx y Engels. Alexanderplatz (Berlín).

innumerables individuos y esclavizado a 25 millones de personas en nombre de Marx. A mediados de la década de 1990, por ejemplo, este país propio de una pesadilla sufrió una hambruna provocada por el régimen que dejó cientos de miles de muertos. Incluso hoy en día, un tercio de los niños y niñas del país sufren desnutrición. Después de haber vivido durante 70 años a base de una dieta de maíz y repollo en escabeche, los norcoreanos son de media unos 5 centímetros más bajos que los surcoreanos. Nadie sabe con seguridad cuántos muertos ha causado el régimen comunista en este país, pero alrededor de 200.000 prisioneros viven en campos de concentración, donde la tasa de mortalidad anual es del 40%. Sin embargo, Kim Jong-un se jacta de su costoso programa nuclear y se pavonea en la escena mundial.

América Latina es otro continente donde el marxismo ha causado estragos. Primero fue Cuba, que bajo la dictadura comunista de Fidel Castro pasó de ser una nación relativamente rica a su abyecta pobreza actual. La única exportación de Castro fue la revolución y su ejemplo fue el Che Guevara, héroe de innumerables estudiantes. Sin embargo, la propaganda disfrazó el trato brutal de Castro a las minorías y su uso de la

En todos los casos en que las ideas de Marx se han puesto en práctica, el país en cuestión ha sufrido una catástrofe económica, política o humana, y normalmente las tres. Sin embargo, la ignorancia deliberada en Occidente ha permitido a los marxistas eludir la responsabilidad de su fracaso

fuerza para impedir que la población emigrase a Florida.

La cercana Venezuela, que una vez fue el país más rico de América Central, ha sido devastada por las políticas marxistas del difunto Hugo Chávez y su sucesor Nicolás Maduro. En 2006 Chávez ofreció al alcalde Ken Livingstone gasóleo subvencionado para los autobuses de Londres. Ahora, 12 años después, el 90% de los venezolanos vive en la pobreza. El año pasado, el venezolano medio perdió 24 libras de peso (10.8 kilogramos) y, según los expertos, el país está al borde de la inanición.

Estos son solo algunos de los ejemplos más terribles. En todos los casos en que las ideas de Marx se han puesto en práctica, el país en cuestión ha sufrido una catástrofe económica, política o humana, y normalmente las tres. Sin embargo, la ignorancia deliberada en Occidente ha permitido a los marxistas eludir la responsabilidad de su fracaso.

En toda Europa, los políticos inspirados por Marx siguen gozando de poder y prestigio. En las últimas elecciones presidenciales francesas, el demagogo marxista Jean-Luc Mélenchon obtuvo una quinta parte de los votos. Ahora está tratando de reunir a trabajadores y estudiantes para derrocar por la fuerza al Gobierno electo de Emmanuel Macron. En muchas partes de las antiguas regiones comunistas de Alemania, *Die Linke*, el partido marxista de la izquierda ganó más votos en las elecciones del pasado año que los socialdemócratas, que abandonaron el marxismo hace unos 60 años, o los demócrata-cristianos de Angela Merkel.

Si queremos evitar repetir los errores del comunismo, no debemos olvidar nunca su te-

rrible historia y tampoco a aquellos que valerosamente soportaron sus males. Deberíamos recordar por qué murieron y quién es el responsable de sus muertes. Las generaciones nacidas después de la Guerra Fría no están vacunadas contra la propaganda marxista que todavía impregna nuestra cultura. El aniversario del pasado mes de mayo merecía la pena ser conmemorado aunque solo fuera por el bien de las víctimas. No obstante, no era la ocasión para celebrar la vida de un hombre cuyos sueños dieron lugar a monstruos, monstruos que todavía viven hoy en día.

Marx sigue siendo importante en las universidades, donde una encuesta recientemente reveló que al menos ocho de cada diez empleados son de izquierdas. Sus ideas aún recorren los medios de comunicación y las artes. Muchos académicos, periodistas y artistas rechazan a Marx, pero aun así un número significativo de los que enseñan, informan y entretienen a los jóvenes son marxistas.

Sus libros son redescubiertos regularmente y se hacen intentos de repintar el pasado marxista. El profesor Terry Eagleton, cuyas obras de crítica estudian todos los estudiantes de Literatura inglesa, es también el autor de *Por qué Marx tenía razón*. El título del superventas *El capital en el siglo XXI* del profesor Thomas Piketty, economista francés,

Marx sigue siendo importante en las universidades, donde una encuesta recientemente reveló que al menos ocho de cada diez empleados son de izquierdas. Sus ideas aún recorren los medios de comunicación y las artes

se hace eco deliberado del clásico de Marx, *El capital*.

Además, Marx sigue siendo importante para los políticos de izquierdas; y si no pregúntele a Jeremy Corbyn y a su entorno. El líder laborista se refiere a Marx como “un gran economista”. El ministro en la sombra John McDonnell, que venera a Marx, así como a Lenin y Trotsky, piensa que hay “mucho que aprender” de *El capital*. El director de Comunicación y Estrategia de Corbyn, el periodista de *The Guardian*, Seumas Milne, y su asesor político, Andrew Murray, están orgullosos de llamarse a sí mismos marxistas, pertenecientes a los “*tankie*”^{*} duros. El propio Murray escribía “contra los imperialistas, todos somos estalinistas”. Si los laboristas ganan las próximas elecciones, Gran Bretaña tendría su primer gobierno marxista.

Entonces, ¿por qué Marx sigue despertando tanta admiración, incluso en políticos de centro-derecha como Juncker? Es en parte un deseo romántico ver en él al eterno rebelde. El joven Karl se rebeló contra todo: su familia, sus maestros y la censura. Aunque orgulloso de su doctorado en filosofía, Marx abandonó una carrera académica para convertirse en un agitador itinerante. Veía a Alemania como un lugar provincial por lo que se mudó a París, fue expulsado y luego causó problemas en Bruselas. Arrestado allí en 1848, huyó a París y luego a Colonia. Después de ser expulsado de Alemania y Francia, como la mayoría de los revolucionarios continentales, terminó en Londres. Con su colaborador de toda la vida y benefactor, Friedrich Engels (él mismo un socialista del champán que vivía de las ganancias del capitalismo), Marx fundó la Liga Comunista y

más tarde se hizo cargo de la Primera Internacional, pero con su muerte en 1883 la idea de un partido comunista era precisamente eso: una idea.

Solo en 1848 Marx se encontró en medio de una verdadera revolución. Convencido de que había llegado su hora, publicó la más corta (y por lo tanto la más leída) de sus obras: *El manifiesto comunista*. Las famosas y a menudo parafraseadas palabras finales de este folleto decían: “Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas. Tienen un mundo que ganar. ¡Trabajadores del mundo, uníos!”. De hecho, Marx plagió la primera frase de Jean-Paul Marat, el sanguinario revolucionario francés que fue apuñalado en su baño por Charlotte Corday. (Era típico de Marx ponerse del lado del tirano antes que del vengador). Y robó la última frase de otro periodista alemán, Karl Schapper.

Este no fue el único ejemplo de plagio. “De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades” fue saqueado de Louis Blanc, un socialista francés. Sin embargo, aunque su prosa es a menudo turgente, Marx tenía un don siniestro para la frase escalofriante.

Es hora de echar un duro vistazo a quién era Marx realmente. Detrás de la barba tupida de abuelito había un megalómano despiadado y despótico que pensaba que el fin, una sociedad colectivista sin clases, justificaba cualquier medio, por violento que fuera, incluida lo que ahora llamaríamos limpieza étnica



Solo él habría podido inventar la expresión “la dictadura del proletariado”.

Una persona extremadamente polémica, dedicó libros enteros a la difamación. En sus cartas a Engels reveló prejuicios raciales extremos. Por ejemplo, se refiere a su yerno y acólito cubano Paul Lafargue como un “negro” y a su rival socialista Ferdinand Lassalle como un “negro judío”. Después de casarse con una aristócrata, se convirtió en un esnob burlándose de los hombres de negocios hechos a sí mismos mientras denigraba a la clase baja como criminales, el lumpenproletariado. No veía ninguna contradicción entre su propia esponja inveterada y la denuncia de los capitalistas “parasitarios” que explotaban a sus trabajadores.

Marx también era un tirano doméstico, además de un tramposo. Habiendo gastado todo el dinero de su elegante esposa Jenny von

Westphalen, él esperaba que ella viviera en la miseria con sus tres hijas en un pequeño apartamento en el Soho, encima de lo que hoy es el restaurante Quo Vadis. Su criada, Helene (“Lenchen”) Demuth, dedicó su vida a la familia de forma gratuita, un ejemplo temprano de la esclavitud moderna. Marx también engendró un hijo, Fred, con ella, humillando así aún más a Jenny, que se vio obligada a vivir en un *ménage à trois*. Fred y su madre, los únicos proletarios de los que Marx tuvo alguna vez responsabilidad personal, no recibieron nada en su testamento y después de su muerte todo el asunto fue encubierto durante muchas décadas. Resulta que los marxistas se preocupaban mucho por la respetabilidad burguesa de su héroe.

A pesar de su comportamiento egocéntrico y su disposición dispéptica, la imagen de Marx como un hombre de rigor intelectual e integridad férrea ha sido cuidadosamente cultivada desde su muerte. Su influen-

Otra razón de su crueldad es que nunca se molestó en entender cómo se crea la riqueza. La teoría de Marx ignora la prosperidad generada por los mercados libres o los beneficios de la propiedad privada

cia sigue siendo omnipresente. Cuando en la década de 1970 el filósofo polaco Leszek Kolakowski escribió su historia sobre *Las principales corrientes del marxismo* en tres volúmenes, fue obligado a incluir casi todos los temas en el campo de las humanidades; no ha cambiado mucho desde entonces. Cuando cayó el Muro de Berlín, algunos predijeron el eclipse de Marx también. Sin embargo, la reputación de Marx sobrevivió y después de la crisis de 2008 ha sufrido una resurrección.

En su tumba, Engels lo alabó como un hombre de ciencia: “Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, así Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana”. La aceptación generalizada de tales afirmaciones falsas las confiere respetabilidad académica y explica por qué Tony Blair podría eludir la responsabilidad de haber nombrado miembro de la Orden de los Compañeros de Honor a un acérrimo historiador marxista como el difunto Eric Hobsbawm.

Desde los años sesenta, ha retornado también el Marx de la juventud, y más recientemente en la comedia teatral del año pasado *El joven Marx*, escrita por Richard Bean y Clive Coleman, dirigida por Nicholas Hytner y protagonizada por Rory Kinnear. Los autores presentan a Marx como el chico malo y bebedor de la revolución, trepando farolas para evadir a los acreedores y a la policía: un pícaro genial y un genio pícaro.

Sin embargo, en lugar de revoluciones y planes quinquenales, en estos días el énfasis está en difundir el evangelio del “marxismo cultural”, lo que el comunista italiano Antonio Gramsci llamó “la larga marcha a través



de las instituciones”. Podemos ver los resultados de esa marcha en todo el sector público británico. Los sindicatos siempre han tenido una fuerte presencia marxista, desde Jack Jones y Arthur Scargill en el pasado hasta el líder actual de Unite, “Red Len” McCluskey. También la han tenido instituciones mediáticas como la BBC y Channel Four, que en el pasado contaban entre sus filas con el abiertamente marxista Paul Mason como corresponsal económico. Y luego está Momentum, el movimiento privado de lealistas de extrema izquierda de Jeremy Corbyn, que apunta a los políticos laboristas moderados para su desactivación. El ministro del Interior Sajid Javid describió una vez a Momentum como “una organización neofascista”. Sea justo o no, Momentum está en marcha.

Es hora de echar un largo y duro vistazo a quién era Marx realmente. Detrás de la barba tupida de abuelito había un megalómano despiadado y despótico que pensaba que el fin, una sociedad colectivista sin clases, justificaba cualquier medio, por violento que fuera, incluida lo que ahora llamaríamos limpieza étnica. La verdad chocante es que Lenin, Stalin, Mao, Castro, Pol Pot y Milosevic (por mencionar solo unos pocos dictadores marxistas) no eran necesariamente infieles a la letra o al espíritu de sus escritos.

Tomemos, por ejemplo, el artículo “Hungría” de

No hay pruebas de que Marx se preocupara por la libertad, la democracia o el Estado de derecho. No mostró gratitud por la protección de la ley que él, como refugiado y exiliado, recibió en el Reino Unido

1849, publicado en el *Neue Rheinische Zeitung*, el periódico alemán del que Marx era entonces editor. Fue escrito por Engels bajo la dirección de Marx, y aboga por la “extinción total” de la “basura étnica”. Concluye: “La próxima guerra mundial hará desaparecer de la Tierra no sólo a las clases y dinastías reaccionarias, sino a pueblos reaccionarios enteros. Eso también es progreso”.

Esta justificación del genocidio se volvió a publicar en 1913 y, por lo tanto, se conoce desde hace más de un siglo; sin embargo, los marxistas ignoran este y otros textos que podrían revelar los pies de barro de su héroe. Durante la década de 1930, de hecho, Stalin se alarmó tanto por el material dañino que podría surgir de la edición completa de las obras de Marx y Engels que se estaba preparando en Moscú que hizo liquidar a sus editores.

Una de las razones por las que a Marx no le importaba cuántos individuos, clases o pueblos fueran sacrificados en el altar de la revolución es que creía en el determinismo histórico. En 1871 apoyó la Comuna de París (que no estaba dirigida por marxistas sino por socialistas más moderados), observó con macabra satisfacción cómo sus partidarios eran masacrados por las fuerzas de la Tercera República y mitificó todo el episodio convirtiéndolo en un levantamiento comunista. La violencia era inevitable y, de todos modos, la revolución requería mártires.

Otra razón de su crueldad es que nunca se molestó en entender cómo se crea la riqueza. La teoría de Marx ignora la prosperidad generada por los mercados libres o los beneficios de la propiedad privada. Negó la contribución de la clase media (o “burguesía”) a las riquezas sin

precedentes de la sociedad victoriana, insistiendo en que sus ganancias consistían en “plusvalía”, trabajo robado a la clase obrera (o “proletariado”). Marx se aferró rígidamente a la idea de que el valor se creaba únicamente mediante el trabajo, idea que fue refutada a lo largo de su vida por economistas como Menger, Jevons y Walras. Marx nunca entendió el papel de los mercados en la determinación del precio de los bienes y de la mano de obra.

Marx también estaba seguro de que si los ricos se hacían más ricos, los pobres entonces se empobrecerían por un proceso que él denominaba “pauperización”. Eventualmente, todo el sistema capitalista se derrumbaría –y la economía industrial más avanzada sería la primera en hacerlo—. En el siglo XIX, eso significaba el Reino Unido. Mientras trabajaba en su obra magna en la entonces nueva Sala Circular de Lectura del Museo Británico, una revolución británica le pareció inevitable a Marx. Aunque nunca usó la palabra “capitalismo” en *El capital*, él esperaba su caída. El proletariado, dirigido por el partido, tomaría los medios de producción de la odiada burguesía. Finalmente, el Estado “se marchitaría”.

Lo que pasó fue lo contrario. A medida que los ricos se hacían más ricos, los pobres también mejoraban. Cuando apareció el primer volumen de *El capital* en 1867, era obvio que la Inglaterra victoriana no estaba en peligro de revolu-

ción. La clase obrera era más próspera que nunca gracias al capitalismo. La mayoría de ellos tampoco eran radicales, sino todo lo contrario, porque tenían demasiado que perder. Ese año, Benjamin Disraeli, el primer ministro conservador, duplicó el número de votantes con su Segunda Ley de Reforma. Muchos resultaron ser conservadores de la clase obrera.

Se supone que fue el economista John Maynard Keynes el que dijo: “Cuando los hechos cambian, yo cambio de opinión. ¿A qué se dedica, señor?”. Pero Marx se negó a cambiar de opinión. Trató de hacer que los hechos encajaran con su teoría, y nunca terminó *El capital*. (Por cierto, una copia firmada del primer y único volumen publicado en vida de Marx está ahora a la venta en un anticuario de Viena por 1,5 millones de euros [1.365.000 libras esterlinas]. Este precio asombroso indica que entre los devotos de *El capital* debe haber algunos capitalistas muy ricos.

Incapaz de admitir que había estado equivocado todo el tiempo, Marx se volvió cada vez más dogmático e intolerante. No tuvo tiempo para estudiar los logros británicos como el libre comercio, la libertad de expresión o la abolición de la esclavitud, ni para reformadores como William Wilberforce, Lord Shaftesbury, Elizabeth Fry, Florence Nightingale y John Stuart Mill.

No hay pruebas de que Marx se preocupara por la libertad, la democracia o el Estado de derecho. No mostró ninguna gratitud por la protección de la ley que él, como refugiado y exiliado, recibió en el Reino Unido. Tampoco apreciaba la libertad de prensa que le permitía publicar cualquier cosa que le gustara, incluidos artículos que afirmaban que el primer ministro,

Marx todavía importa. Habiendo dado a luz algunos de los capítulos más malvados de la historia moderna, su personalidad e ideas continúan ejerciendo una influencia nefasta en nuestro mundo



Lord Palmerston, era un agente ruso. Durante las más de tres décadas que Marx vivió en Londres, nunca tuvo que temer que la policía llamara a su puerta en medio de la noche.

Sin embargo, la policía secreta resultó ser esencial para hacer realidad la visión marxista. Incluso uno de sus admiradores lo llamó “dictador democrático”, aunque no había nada democrático en él, diga lo que diga John McDonnell. Como los camaradas Corbyn y McDonnell, Marx era un teórico de la conspiración.

De hecho, Marx es la fuente esencial de la última teoría de la conspiración: el antisemitismo de izquierdas que se ha extendido como una epidemia en el Partido Laborista de Corbyn. Aunque era nieto de un rabino, su primera publicación significativa fue un ensayo, *On the Jewish Question*, que se ha

hecho famoso por su hostilidad despiadada y escatológica hacia los judíos y el judaísmo. En él afirma que los judíos adoran el dinero y crearon el cristianismo para alcanzar la dominación mundial. Más tarde, demonizó a los banqueros judíos: “Detrás de cada tirano hay un judío”. El antisemitismo de Marx no era una mera debilidad: para estudiosos del tema como Julius Carlebach, era el “vínculo indispensable entre Lutero y Hitler”.

Sí, Marx todavía importa. Habiendo dado a luz algunos de los capítulos más malvados de la historia moderna, su personalidad e ideas continúan ejerciendo una influencia nefasta en nuestro mundo. Su busto con bigotes mira con altivez y nos frunce el ceño en el cementerio de Highgate, reprochándole a la posteridad no haber obedecido sus dictados. Cuando se inauguró este enorme y espantoso monumento en 1956, *The Guardian* se refirió a su “formidable benignidad”, evidentemente asombrado por “el hombre cuyo espíritu domina ahora aproximadamente la mitad del mundo”. Ese año, los tanques soviéticos aplastaron a los ciudadanos húngaros.

Incluso hoy en día, muchas personas, incluyendo aquellos que deberían conocerlo mejor, persisten en ver a Marx como un profeta. Pero como el mismo dictó: los profetas profetizan. Ha llegado la hora de colocar a Karl Marx y a todas sus obras en el cubo de la basura de la historia. ■

NOTAS

* Nota del editor. Se les entiende normalmente como apologistas de la violencia y crímenes contra la humanidad cometidos por los regímenes marxistas en el siglo XX.

PALABRAS CLAVE

Karl Marx ● Marxismo ● Comunismo ● Fracaso ● Genocidio
● Pobreza ● Crímenes ● Hambrunas ● Antisemitismo



Revistas Culturales

EN FORMATO ELECTRÓNICO

www.quioscocultural.com